

C.R.  
863.6  
F381e  
C.E.



14826.

# EL ESPIRITU DEL RIO

(NOVELA SOCIALISTA)

POR

JUANA F. FERRAZ V. DE SALAZAR



Imprenta Moderna  
San José de Costa Rica

1912



## CAPITULO I.

### EL INCOGNITO

La noche del 28 de Abril del año 18.. una inmensa y compacta multitud apiñábase en la alameda principal de la muy noble y leal ciudad de Santa Cruz de la Palma.

Por todas las calles que convergían á la referida alameda desembocaban á cada momento numerosos grupos que iban progresivamente aumentando el ya inmenso gentío reunido en aquel lugar.

Tratábase nada menos que de ver los magníficos fuegos artificiales que, en honor de la célebre bajada de Nuestra Señora de las Nieves, se quemarían aquella noche en el castillo denominado de la Virgen; el cual, situado en una elevada eminencia, como á unos 150 metros de la alameda, permitiría á los espectadores que se hallaban en ésta, gozar por completo del espectáculo á que habían concurrido.

Espléndidamente iluminada la alameda, con profusión de farolillos de mil colores, ostentaba en su centro un precioso obelisco resplandeciente de luz y flores, en medio del cual y bajo la imagen de una corona virginal formada por luminosos arabescos de pequeños puntos diamantinos, leíase, impresa en grandes y dorados caracteres, esta cuarteta :

“Ya ha llegado el fausto día  
“En que esplendorosa y bella  
“Veamos brillar la estrella  
“De la imagen de María.

Aunque la numerosa concurrencia impedía la libre circulación de las gentes, no obstante, veíase de vez en cuándo abrirse paso acá y allá algún elegante grupo al cual la clari-

dad casi diurna del recinto, permitía examinar minuciosamente. Ya eran dos ó tres jóvenes acompañadas de sus padres ó hermanos, las cuales lucían ricos y airosos sombreritos y soberbios vestidos de larga cola donde campea algún rasgón debido á la descortesía de cualquier palurdo ó la estrechez del sitio. Ya era un matrimonio joven que marchaba alegremente cogidos del brazo cambiando entre sí frases que revelan su dicha ó sonriendo maliciosamente al contemplar alguna de esas caricaturas humanas que nunca faltan entre las multitudes. Más allá asoma una respetable matrona cubierta con la rica mantilla española, llevando de la mano uno ó dos niños que lloran porque la muchedumbre los sofoca. Al otro extremo asoma un grupo de mozalbetes que va adelantando poco á poco para darse el gusto de ir pasando revista á todo sér viviente que encuentra al paso, el cual, si pertenece al sexo femenino, sufre escrupuloso examen resultando una andanada de piropos si pertenece á la edad florida ó un grotesco mohín si ha sonado para ella la triste época del helado invierno. Otras veces es un respetable sacerdote el que surge de entre aquel oleaje humano, en cuyo caso, la multitud, esencialmente católica, abre calle espontáneamente, llevando la diestra al sombrero, gorra ó cachucha y saludando respetuosamente.

Todos los paseantes convergían á un mismo sitio: éste era el ya indicado obelisco. Allí, el que conseguía llegar, se detenía un momento: examinaba la simétrica belleza del monumento: leía la cuarteta tratando de fijarla en la memoria, y se alejaba para ceder el campo á los más inmediatos que á su vez, satisfecha su curiosidad, se apartaban también cediendo el puesto á otros; y así, sucesivamente, iban todos desfilando ante el bello improvisado monumento.

En la parte exterior de la alameda no era menos numerosa la concurrencia. De todos los pueblos distantes y cercanos de la capital, habían acudido la mayor parte de sus habitantes: unos, atraídos por la devoción, otros—y ésta era la mayoría—por la novedad de los regocijos públicos que, desde 8 días atrás, veníanse celebrando con motivo de la bajada de la Virgen de las Nieves; solemne festividad que los católicos hijos de Santa Cruz de la Palma, celebran cada lustro con magnífica pompa, poniendo en prensa su ingenio para inventar las más difíciles y variadas danzas, cantos, carros alegóricos, y otros espectáculos de sorprendente originalidad, que sólo gentes tan devotamente entusiastas pueden concebir y realizar.

La gran novedad de esas fiestas había atraído á la ciu-

dad, como hemos dicho, la mayoría de habitantes de todos los pueblos de la isla. Pero el día 28, que es del que nos ocupamos, se había despoblado materialmente la campiña afluyendo en masa—con excepción de algún enfermo—todos sus habitantes á ver los grandiosos fuegos artificiales que, según decires, serían los mejores que hubiesen visto jamás los nacidos, y nunca verían los por nacer; porque los grandes acontecimientos rara vez se repiten.

La alameda, muy capaz para contener los ciudadanos, era insuficiente para éstos y sus paisanos; así es que fuera del enverjado había mayor número de espectadores que dentro, reinando entre ellos la más bulliciosa animación. Algunos faroles colocados de trecho en trecho alumbraban débilmente el contorno quedando á intervalos envuelto en sombra uno que otro grupo; circunstancia favorable á la alegre juventud ciudadana que tenía ocasión de practicar ciertas inocentes travesuras. Había alguno que acercándose sigilosamente á un grupo de campesinas, mientras que éstas fijaban toda su atención en el castillo de la Virgen, ansiosas por ver lucir el primer cohete, iba poco á poco trabando con alfileres unas con otras las sayas de las pobres espectadoras que así, inconscientemente, quedaban mancornadas. Otros, en los sitios en que la oscuridad era un tanto densa murmuraban al oído de su vecino ó vecina, alguna alarmante noticia, y cuando él ó ella se volvían asustados para interrogar al noticiero, ya éste andaba lejos bromeando en otro grupo. Esas bromas se empleaban con las sencillas gentes del campo; así es que muchos santiguándose devotamente decían que por allí andaba el **malo** ó sus satélites las brujas; sin fijarse ni remotamente en la verdad del hecho. Tal es el poder supersticioso que domina á los campesinos que todo lo que no comprenden lo atribuyen inmediatamente á maléficas artes. Y sabiendo eso la juventud ilustrada, quiere divertirse un poco alarmando la ignorancia de aquellas buenas gentes, analfabetas sí, pero pacíficas y honradas. ¡Oh, alegre y bulliciosa juventud! ¡Eterna primavera de la temprana edad. . . . ! La razón filosófica prohíbe sentir la nostalgia de tu ausencia! . . . .

Hacia por lo menos una hora larga que, la ya impaciente multitud, se codeaba esforzándose cada cual por ganar la delantera y tomar puesto en las primeras filas, cuando al fin, se dió principio á la función iluminando el espacio una gran cantidad de cohetes de diversos colores, los cuales, ramificándose en todas direcciones, ofrecieron instantáneamente una deliciosa perspectiva revestida del más esplendor.

dente mosaico. Está tan vulgarizada la costumbre de celebrar con fuegos artificiales casi todas las fiestas ya sean religiosas ó civiles, que todos han presenciado—por lo menos alguna vez—esas sorprendentes y variadas formas que el hábil pirotécnico da á ese arte ó juego de pólvora que siempre admira y entusiasmo al vulgo, y que hasta el sabio contempla con placer.

Nada diremos, pues, de las múltiples bellezas que el público espectador, agradablemente sorprendido, contempló esa noche; pero sí podemos afirmar que los fuegos rayaron en los límites del Arte, si es que realmente el Arte puede tener límites.

Si en uno de esos momentos en que las luces de Bengala, cual soles fugitivos, lanzan rápidas sus brillantes resplandores deslumbrando momentáneamente la retina; si en uno de esos momentos, repetimos, á cualquier espectador se le hubiese ocurrido abandonar la brillante alameda, y descendiendo por la oscura calle del Castillo bajar á la de Marina, seguro hubiérase detenido indeciso al ver una extraña sombra que, á mitad de dicha calle y un tanto recostada al pie de una vieja muralla, semejava el Genio de la noche custodiando la densa tiniebla de la lóbrega calle.

La que al pronto creyera sombra, acercándose y examinándola con minuciosa atención, destacárase al fin como forma humana; y asombrado quedaría nuestro paseante nocturno al reconocer, á favor de algún átomo de luz que el resplandor lejano de los fuegos pudiera enviarle, que efectivamente, era un hombre, el que al pronto creyera sombra ó fantasma.

¿Pero qué hace ese hombre parado en una desierta y oscura calle, cuando á tan corta distancia bulle la multitud en medio del regocijo y la alegría? ¿Por qué esa soledad y misterioso silencio, cuando en torno todo convida al placer?

Pronto lo sabrás, lector amigo: poseemos el secreto y vamos á revelártelo.

Desde el viejo paredón que le sirviera como punto de apoyo, fué nuestro incógnito deslizándose poco á poco como si tratara de rescatarse y rehuir las miradas de algún sér humano, y subiendo un tanto por la consabida calle del Castillo, siempre buscando la penumbra situóse en el ángulo que forma la de Santa Catalina, y bajo un ancho alero á favor del cual, mediante la oscuridad de la noche, quedaba enteramente envuelto en sombra, siendo muy difícil, si no imposible, distinguírle á dos metros de distancia.

Persuadido de que ninguna persona podría verlo, nues-

tro desconocido dejó caer el embozo de la ancha capa que hasta los ojos le envolviera: quitóse el negro sombrero de fieltro y pasándose la mano por la frente prosternóse devotamente formulando con acento fervoroso esta pequeña plegaria:

—“¡Oh, Santísima Virgen de las Nieves! gracias mil y mil veces porque has permitido que tenga la inefable dicha de pisar estas queridas playas y aun tenga la felicidad de ver, aunque de lejos, algo de los regocijos que mis compatriotas con su fe inquebrantable, dedican al honor de tu bajada. Mañana hincado ante el regio trono que sostiene tu imagen veneranda, te rendiré el más sincero y respetuoso homenaje.” La precedente oración elevada en medio de la soledad y el silencio, demuestra que su autor es un católico de verdad.

¡Pobre iluso! ¿Quién puede responder del mañana?

Después alzóse el incógnito, permaneciendo por espacio de algunos minutos contemplando las diversas peripecias que exhibían los fuegos artificiales, pues él, desde su escondrijo, podía verlas muy bien.

Mas, en el momento en que retumbó el primer cañonazo de la salva real, con que termina la fiesta, abandonó apresuradamente el protector alero que le ocultara y bajando con sigilosa precipitación la calle del Castillo, tomó la de Marina siguiendo á buen paso en línea recta hasta llegar á la entrada de la callejuela llamada Nueva.

Paróse allí un momento á tomar resuello; porque su precipitada marcha, y aun más la emoción producida por oculto pensamiento le tenían sofocado.

La soledad y el silencio reinaban bajo el absoluto imperio de las tinieblas.

El estampido del cañón saludaba aún á Nuestra Señora, cuando el paseante se detuvo como hemos dicho á tomar aliento. Durante el trayecto de su rápida marcha había contado hasta 20 disparos: al 21, sabía él muy bien que terminada la salva, la concurrencia espectadora de la fiesta retornaría á sus respectivos albergues para entregarse en brazos de Morfeo: eran las once de la noche. Cortos momentos permaneció el individuo parado en la boca-calle tendiendo por ella una escrutadora mirada, y seguramente lamentando no poseer la facultad del nictálope, pues á ser dueño de esa maravilla podría en medio de la oscuridad que le roedaba cerciorarse de la completa carencia de seres humanos en la callejuela, que es lo que al parecer interesaba á nuestro viajero. A falta de nictalopia poseía un nervio

acústico á toda prueba, y aplicando cuidadosamente el oído bien podría oír el vuelo de una mosca si á esta impertinente le hubiera ocurrido dejar á tal hora su escondrijo; pero nada oyó.

Sólo el blando y suave arrullo de la mansa ola, que á corta distancia besaba la ribera, dejábase oír, tenue y débil, cortando á intervalos el solemne silencio de la noche. La soledad era completa. Así debió de creerlo nuestro hombre cuando, después de corta pausa, volvió á emprender su misteriosa ruta.

Esta vez subió la callejuela Nueva entrando en la calle Trasera; ya en ésta orientóse un poco volviendo á escuchar con sumo cuidado y creyendo percibir algún rumor de pasos hacia la inmediata calle de Santiago, embozóse apresurado en la amplia capa; calóse el fieltro hasta los ojos y tomando el paso medurado de cualquier pacífico transeúnte que después de la fiesta retorna tranquilamente á su casa, echó á andar calle abajo entrando por fin bajo el soportal de una gran casa.



había casado siendo su madrina de boda la madre de César, A los pocos meses de casada, el servicio de las armas reclamó á su esposo que voló á combatir bajo el nuevo régimen liberal que ya por entonces comenzaba su alborada en España. Pero ¡ay! el soldado, nunca más volvería á su hogar feliz! La pobre María como tantas otras desgraciadas, perdió á su amante esposo cuando apenas había saboreado las dulzuras del amor conyugal. Hé aquí las funestas consecuencias de la guerra fratricida que priva entre los hombres. . . . . civilizados! ¡Qué escarnio!!

Poco después la triste viuda dió á luz un niño, que de algunos meses murió—quizá á consecuencia del gran dolor moral que sufrió la madre cuando aún le llevaba en su seno. Esta nueva calamidad hubiera desesperado á la infeliz mujer á no poseer un gran fondo religioso, y una fe y resignación á toda prueba. Su señora madrina criaba á la sazón á su hijo César; y María se brindó á compartir con esa dama los trabajos de lactancia depositando en ese tierno infante todo el amor que había profesado al suyo propio.

Algunos años después murió la señora de Velazco, y don Luis, esposo de ésta, resolvió pasar á la Metrópoli á completar la instrucción de su único hijo César.

El jovencito contaba ocho años y la pobre mujer que lo había criado y lo amaba entrañablemente, sintió desgarrado su corazón al separarse de aquel niño adorado. Hecha un mar de lágrimas le vió partir; y el pobre pequeño, que la amaba como si fuera realmente su madre, no lloraba menos. Pero ella sobreponiéndose á su dolor, con el corazón transido de pena, trataba de sonreír animándole para que siguiera contento á su papá.

Después de la triste despedida, María siguió con mirada angustiosa el bajel que se alejaba ocultándose al fin entre las nieblas del lejano horizonte. Cuando ya nada vió, elevando sus brazos al cielo exclamó con voz entrecortada por los sollozos:—¡ Señor, Señor, tú lo quieres! no debo quejarme. ¿Quién soy yo ante tu potente voluntad? Un pequeño átomo perdido en la inmensidad de tu grandiosa creación. Todo lo que dispongas, Dios mío, tu humilde sirva lo respeta. Revísteme, Señor, con tu divina gracia y sean acatados todos tus divinos decretos! Aquel mismo día retiróse de la ciudad yéndose al pueblo de Beloco, lugar de su nacimiento. Allí poseía una casita propia y algún pequeño terreno cuyo producto bastaba á cubrir sus exiguos gastos. Y así corrió el tiempo, invirtiéndolo en sus quehaceres domésticos y sus frecuentes visitas al templo de las

Nieves, que, á poca distancia, emergía su enhiesta silueta de en medio los pinares.

Doce años pasaron. El joven César, dueño de una brillante instrucción y de un cuantioso caudal heredado de su padre, el cual había muerto, pues fué una de las primeras víctimas del cólera que por entonces invadió á España, regresó á su patria. Pero no venía sólo. Acompañábale su joven esposa: la bellísima Angelina Sorel.

Esa peregrina beldad cautivó de tal modo á nuestro César, que despreció otros brillantes partidos contrayendo matrimonio con la pobre huérfana sin fortuna. Pobre, sí, de bienes raíces y metálico; pero rica en instrucción, virtudes y belleza. Al regresar al país, César echó una mirada al pasado buscando en sus recuerdos las primeras afecciones de su infancia. La única que le mereció un sentimiento de ternura fué la memoria de su buena nodriza, que cual madre cariñosa le había amado. Los afectos de familia, son ecos dormidos que responden, sonoros, al primer grito.

Para César, María, era la personificación del recuerdo de sus perdidos padres.

Reprochóse, pues, agriamente el olvido en que había tenido durante tantos años á la cariñosa mujer, proponiéndose borrar inmediatamente esa ingratitud: Era feliz y deseaba hacer extensiva su dicha.

Apresuróse á enviar al pueblo de Beloco al joven sirviente que le dió noticias fidedignas de la habitación de María. Este joven, muy despejado y simpático, que prometía llegar un día á ser algo más que un pobre sirviente, respondía al nombre de Pancho. César, le entregó una carta para la nodriza añadiendo de palabra que hiciese todo lo posible por traerse con él á María; y el muchacho afirmó que la traería á todo trance.

Recibidas las últimas instrucciones, Pancho partió con rápido paso á desempeñar su comisión. No era más que una legua escasa. ¡Bah! en dos zancadas estoy allá—se decía caminando siempre; y de veras! En una hora se halló á la puerta de la casita de la pobre viuda.

Grande fué el gozo de María, al tener la feliz noticia del regreso del niño tan amado. Pancho la entregó la carta de César. Por ella quedó enterada del gran deseo de su hijo muy querido. Este la rogaba que se fuera inmediatamente á vivir á su lado pues en su casa nada la faltaría: allí pasaría, en medio de la tranquilidad y abundancia, el resto de sus días; y sobre todo, mi querida María,—terminaba la carta—tú serás la inseparable amiga y compañera de mi adorable

esposa. Vén, vén; no dilates tu viaje, que te aguarda impaciente tu antiguo niño César.

María no vaciló. Hizo sentar al portador de tan halagüeño mensaje y se dispuso á complacer inmediatamente al sér que más amaba en el mundo.

Lo primero que hizo fué rendir fervientes gracias á Dios, por tan fausto acontecimiento. Después rogó al joven correo descansase un poco y tomara algún refrigerio mientras ella se alistaba para seguirle.

El joven aceptó gustoso, y por vía de pasatiempo púsose á examinar los muchos pequeños cuadros que pendían de las blanqueadas paredes de la salita. Todas esas estampas representaban asuntos sagrados: Jesucristo en la Cruz; la Dolorosa San José; San Antonio; El Nazareno; San Juan, etc., etc. Por último, en una pequeña y lujosa urna, veíase la bendita imagen de Nuestra Señora de las Nieves. María se acompañaba con las santas imágenes, dando la preferencia á la **Negríta** milagrosa.

Después de revistar los cuadros, sentóse Pancho murmurando:

—Ésta mujer es más devota que mi madre; veremos qué me da de comer.

María entró.

Traía un plato con un hermoso queso fresco, una torta caliente, una botella de vino y una cestita de mimbres, muy mona, llena de hermosos melocotones. Puso todo en una mesita cubierta con blanco paño, é invitó á su huésped al frugal almuerzo.

Este no se hizo rogar mascullando para sí, estas palabras: "Dicen que las gentes devotas no se cuidan de los intereses de la tierra, pero yo veo que es al reverso de la medalla. Esta buena mujer lo entiende: reza y come buen queso, buenas tortas, sabrosos duraznos..... y, sobre todo bebe rico moscatel, y, quién sabe cuántas cosas buenas se dejaría por allá dentro.....?"

El pobre mozo creía que la abstinencia de los santos adorados debía extenderse á sus adoradores.

La verdad es que María fué á casa de unas vecinas á comprar el queso y tomó el vino en el ventorrillo del pueblo. Lo único propiamente de su casa, era la torta y los melocotones, que abundaban en la huertecita.

De paso dijo á sus vecinas la gran novedad de su partida, rogándolas que fueran á su casa para dejarlas un recuertito. Apenas dejó en la mesa al huésped, llegaron las cuatro vecinas.

En seguida principió á repartir entré ellas los pocos utensilios que componían su menaje. Las regaló su gato, sus gallinas y gallo; su clueca con gran número de polluelos, sin dejar el pequeño cerdo ni cosa alguna que pudiera dar.

Las amigas se deshacían en alabanzas y bendiciones lanzando al mismo tiempo ávidas miradas por todos los rincones á ver si atisbaban algo que aún se las pudiera dar.

Una de ellas iba ya á pedir un cuadro de los que adornaban las paredes de la sala, cuando reparó que ya todos habían desaparecido: hallábanse depositados en el fondo de la maleta de viaje de María. Es lo único en que se había mostrado avara: todo lo cedía menos sus queridas imágenes.

Por fin, después de haber ensayado un sollozo—tal vez sincero—después de haber pedido tal ó cual trastecito, perdido como islote en el Océano, en algún ángulo de la casa, las buenas amigas, pedigüeñas incansables, se despidieron al parecer muy condolidas del viaje de su querida vecina.

Esta abrazándolas afectuosamente ofreció mandarlas de la capital algún regalito. Sabía que era el mayor consuelo que podía darlas: el Bálsamo curativo de las almas venales. María, aunque campesina, distaba mucho de ser ignorante: conocía la inferioridad de sus vecinas, pero no las despreciaba: la humildad era su primera virtud. Se compadecía de que las otras fundaran su felicidad en poseer tal ó cual objeto de ínfimo valor, y, pródiga del bien, apresuróse á repartir cuanto poseía, para hacer dichosos á los que fundan su dicha en recibir.

Antes de partir fué casa de doña Sinforiana, persona de respetabilidad en el pueblo.

—Mi querida señora—la dijo—me voy para la ciudad, talvez para no volver al pueblo. Creo que Ud. como persona de respeto y tan caritativa, querrá encargarse de la casita que dejo, quizá para siempre. Si Ud. acepta este encargo, puede ir á habitarla alguna familia de su estimación de Ud. Y al decirla que dejo la casa á su disposición digo también que la dejo toda la huerta y su producción—que no es mucha—pero es algo.....

Doña Sinforosa aceptó gustosa el encargo.

—Mil gracias, mi estimada señora! Yo esperaba que Ud. conviniera aunque no sea más que por darse el placer de regalar á los pobres la fruta de la huerta. Ahora me despido, mi buena señora, porque he de irme esta tarde á la ciudad.

En la puerta de la casa dejaré la llave puesta, y Ud. irá por ella cuando guste.

—Siento tu viaje, María; pero si has de ser feliz allá, que Dios te conserve. Cuidaré la casita y la huerta, y como entiendo que tú no necesitas ni frutas, ni verduras, porque en casa de tu rico protector las tendrás á granel, los pobres de por acá están de plácemes y no te faltarán bendiciones.

Después, abrazáronse aquellas dos buenas almas separándose realmente emocionadas. ¡Nunca volverían á verse!

De vuelta á su casa, María arregló al momento su pequeña maleta que Pancho se echó á la espalda. Ella tomó la pequeña urna de la Virgen, la envolvió cuidadosamente en un pañuelo, y echando la llave á la puerta, siguió alegremente al joven. A las dos horas se hallaba en presencia de César.

Al ver al hijo querido, María quedóse indecisa y cortada. . . . . concluyendo por turbarse completamente. ¡Cómo! ¿Aquél era su querido niño César? Ella bien sabía que no era ya el niño de ocho años con el cual jugó tantas veces al trompo y á la pelota: al que llevaba á paseo, daba golosinas y adormecía en sus brazos. Sí, ya no sería el niño pero á lo menos se le pareciera. ¡Nada de eso! el niño había desaparecido por completo. En su lugar estaba allí un elegante y gallardo joven de 20 años. Su apuesta persona, sí, conservaba del niño el rubio color de sus rizados cabellos. Algo había en sus grandes ojos que recordaban al infante; pero su bello, cerúleo color, tomaba á veces un tinte oscuro transformándose su mirada intensa, penetrante, deslumbradora, irradiando fulgores irresistibles. . . . .

Así que la pobre mujer que llegaba anhelante á estrechar en sus brazos á su bien amado niño, cortóse por completo quedando como enclavada en medio de la habitación y bajando al suelo los trémulos ojos.

Mas César, adelantándose con los brazos abiertos, la estrechó cariñosamente en ellos y tomándola por la mano díjola con cariño:

—Vamos, querida María, perdóname que por tanto tiempo te haya tenido olvidada: te prometo que de hoy más, no volverá á suceder. ¿Me conservas tú aquel cariño de otro tiempo?

—Señor. . . . .

—¿Qué es eso, mi buena María? ¿Será posible que ya desconoces á tu niño César? ¡Señor. . . . ! Nó, nó; llámame como antes me llamabas. Oye; tú me recuerdas á mis perdi-

dos padres: quiero que, si puedes, si me conservas algún resto del cariño que me profesaste en la infancia y adolescencia, sigas siendo para mí una tierna madre como lo fuiste antaño. Deseo que de hoy más vivas, conmigo y seas la amiga y compañera de mi Angelina. ¿Qué dices? Te sientes dispuesta á ser para nosotros una amiga fiel: una compañera amorosa?

—¡ Oh! sí, sí—dijo María; ya completamente repuesta de su sorpresa.—Si hasta hoy te he querido siempre como á un hijo adorado, de ahora en adelante la veneración se unirá al amor. Yo prometo ser para tí fiel amiga y tierna madre, como deseas: haré cuanto quieras que haga: en todo te daré gusto. Tú serás el único árbitro de la vieja María, que será dichosa complaciéndote en todo.

—¡ Bien, muy bien! No esperaba yo otra cosa de mi buena nodriza; y abrazándola de nuevo, vamos, dijo, á presentarte á mi esposa.



---

---

### CAPITULO III.

#### ANGELINA

—Aquí te traigo, querida mía, á mi buena nodriza de quien tantas veces te hablé. Te amará tanto como á mí, y tendrás en ella una amiga y fiel servidora.

—¡Bien venida, querida María!—dijo una voz de musical sonido.—Cuánto gusto tengo en conocerla! ¿Conque Ud. es la que cuidó en la infancia y adolescencia á mi César? Ud. viene á vivir con nosotros y vamos á devolverla, si quiera en parte, el gran cariño que le profesó en sus primeros años.

—Señora . . . .

—¡Señora! Dejaos de cumplimientos, María: llamadme simplemente Angelina. ¿Pues qué, no sois como una segunda madre de mi esposo? Pues yo que soy su mitad también quiero participar del cariño y franqueza con que á él le tratáis. ¿No me amaréis un poquito también á mí?

María alzó los ojos que hasta entonces tuviera modestamente inclinados, y fijándolos con admiración en su interlocutora, pronunció sinceramente:

—¡Ah, mi bella señora! Después de verla es preciso amarla.

Y con efecto, era preciso amarla.

Angelina era una hermosura sin rival. De estatura mediana y bien proporcionada, su talle flexible y delgado, al andar, ondulaba suavemente cual airosa palmera mecida por blanda brisa. Su rostro encantador exhibía los suaves tintes de la rosa sobre la nítida blancura de un cutis de nácar. El color de su preciosa boca competía con el rojo clavel, y sus pequeños dientes perfectamente simétricos recordaban el brillo deslumbrante de las perlas orientales.

Su frente tersa y espaciosa irradiaba la pureza de una virgen, y el leve arco de sus negras cejas adornaba unos ojos magníficos, donde Dios había derramado pródigamente toda la belleza que puede conceder á un mortal. Una profusa rizada cabellera negra servía como de marco á tan admirable rostro. Sus pequeñas manos de rosadas uñas eran perfectamente modeladas como asimismo su arqueado y diminuto pie. Finalmente, para terminar el cuadro de tan soberana hermosura diremos que su melodiosa voz poseía todas las inflexiones armoniosas. Diríase que Natura al formar esa beldad le dió voz tan seductora para que su sonido fuera como un perpetuo himno elevado á sí misma.

No obstante, todos los rasgos de belleza que dejamos descritos serían insuficientes para constituir una hermosura de primer orden si faltara á la fisonomía ese indefinible atractivo que no es debido á la perfección de las facciones, ese no sé qué atraente que es una segunda belleza ó mejor dicho, es el complemento de ella.

Algunas veces vemos personas que poseyendo bellas facciones, nada nos conmueve su aspecto: pasamos sin que nos causen impresión alguna. Por el contrario, vemos otras que inmediatamente nos agradan, nos atraen, nos parecen muy bellas. Las examinamos detenidamente y descubrimos que carecen de casi todos los rasgos que, según el Arte, caracterizan la perfecta belleza. ¿Por qué, pues, nos agradan á primera vista? Es que el conjunto forma un todo altamente simpático, que nos embelesa.

Pues bien, cuando á los rasgos de artística belleza va unida esa fisonomía conmovedora, que, ya respire alegría, ya tristeza, siempre exhiba irresistible encanto... entonces la hermosura es completa y sin rival. Todas esas atractivas perfecciones las poseía Angelina.

Tal era la brillante joven que absorta María contempló. Joven, sí, muy joven, pues apenas tenía 16 años.

Desde luego quedó María instalada en la casa, considerada como miembro de la familia, no como sirviente.

Angelina tratábala con encantadora familiaridad no encontrando nada de tosco en sus modales.

Ya hemos dicho que María, aunque de humilde clase, distaba mucho de la rusticidad é ignorancia inherentes al inculto campesino. Sabía leer y escribir; y su escritura, aunque adolecía de algún defecto ortográfico, era bastante legible. Sabía las cuatro reglas aritméticas, y en eso de cálculo mental nadie la aventajaba á la rapidez con que solucionaba el 2 más 2 igual á 4. Si era preciso, sabría llevar las cuen-

tas del gasto diario. Educada en la casa de los padres de César, había adquirido y conservado muy buenos modales no echándose de ver en ella las vulgaridades de las gentes analfabetas. Apesar de su buen número de años, tomó gusto a el cargo de la casa el cual desempeñaba con tal celo y actividad, que Angelina salía á paseos, visitas, teatros, etc., etc., segura de que dejaba en su casa la seguridad y el orden personificados en su excelente ama de gobierno.

No obstante todas las comodidades que ésta disfrutaba, como había vivido durante 12 años enteramente libre y casi aislada, único y solitario huésped de su casa, vida que engendra algo de huraño en el humano carácter, á veces deseaba rodearse de silenciosa soledad. Al efecto, rogó á César la cediera una habitación en las dependencias bajas de la casa para, terminadas sus ocupaciones, retirarse allí á disfrutar de ese silencioso recogimiento que se había hecho en ella como una imperiosa necesidad.

César accediendo gustoso á ese capricho de su buena nodriza, la dió un bonito cuarto compuesto de dos piezas, situado en el piso bajo y con salida á la calle trasera.

Había allí una salita reducida y un aposento dormitorio. De éste partía una estrecha escalera que comunicaba con los altos de la casa. Las piezas estaban decoradas con sencillez y limpieza.

Seis sillas de Victoria; una mesita bien charolada sobre la cual descansaba la lujosa pequeña urna conteniendo la imagen de las Nieves. Colgadas en las blancas paredes una porción de estampas que eran las mismas que ya vimos en el pueblo de Beloco. Hé ahí el equipo de la sala. Una modesta cama cubierta de colcha de zaraza, fondo oscuro con grandes ramos blancos. Dos almohadas de fino lienzo con anchas guarniciones de crochet veíase en la alcoba. En la pared, sobre la cabecera del lecho, había un crucifijo á cuyos pies en una pequeña concha, vislumbrábase el líquido bendito que todos los domingos era religiosamente renovado. Un sillón forrado de tafilete y un pequeño armario de nogal completaban el mueblaje de este dormitorio, que recibía luz por ancha ventana con vista á la calle trasera. La pequeña sala tomaba sus luces de la gran puerta de entrada que se abría sobre un holgado y bonito soportal.

Dueña absoluta de sus pequeños dominios, María mañeaba yéndose derecho á misa: después regresaba á su cuartito y hacía alguna pequeña diligencia propia, entrando y saliendo á su antojo; gozando, en fin, de esa libertad tan

apetecida por ciertas personas: libertad que se traduce por la frase: "Tener el gobierno de su casa."

El resto del día lo pasaba la metódica mujer en el piso principal, acompañando á Angelina y desempeñando su faena de ama de llaves. Ya que sabes lector, quién es Maria, y que conoces á César y á Angelina, vamos á entrar con la diligente viejecita en su departamento privado—que ahí nos aguarda el drama.



---

---

## CAPITULO IV.

### UN OTELO DEL GENERO GRANDE

—¡ Dios mío—exclamó María, al entrar en su cuarto.—  
¿ Por qué se apagaría la lámpara de la Virgen? ¡ Ay, qué cosa tan fea es la oscuridad! Pero esa lámpara que estaba bien surtida de aceite, ¿ por qué se apagó? ¡ Mal agüero....! La lámpara de la Virgen nunca se apaga.... Presiento algo funesto..... Voy corriendo á encenderla otra vez. ¡ Gracias á Dios, ya dí con los fósforos! ¡ Bendito seo su inventor!—concluyó prendiendo un palillo; y corriendo apresurada á encender una pequeña lámpara de cristal colocada sobre la mesa ante la urna que guardaba la preciosa, venerada imágen, postróse de hinojos pronunciando con fervorosa devoción:

—¡ Bendita imágen! desde la partida de aquel hijo querido, te enciendo diariamente esta lámpara: día y noche arde en tu Sacra presencia como perenne ruego para alcanzar tu Divina mediación en el feliz regreso de aquel que tanto amo. ¡ Perdona, mi Señora, la falta involuntaria que he cometido esta noche dejándote á oscuras, pues bien sabes que no he tenido culpa en ello! Ruégote humildemente no permitas suceda desgracia alguna á mi César. ¡ Alcanza, Señora, alcanza de tu Divino Hijo, que el viajero sano y salvo, retorne á sus hogares lo más pronto para no dejarlos nunca más!

Después de la ferviente súplica alzóse más tranquila, dirigióse al armario y sacó una botella de vino, un vaso y un bizcocho basto. Colocó todo en la mesita y, á la luz de la lamparilla, dispúsose á tomar su licor con el correspondiente bizcocho para prepararse confortablemente á dormir.

Mientras comía monologaba.—No hay duda, la fiesta de esta noche ha estado admirable. —Qué fuegos tan bellos! Ah! en otro tiempo no había cosas tan buenas. ¡ Aquellas

culebras de fuego cogiéndose una á otra sin llegar á tocarse nunca! Aquellos ramilletes de flores con tan variados tintes. . . . ¡ Vaya, vaya! Ya no puede hacerse cosa mejor. ¡ Y cuidado, si yo lo entiendo! Como que en los años que llevo no he faltado á ninguna de estas fiestas. Pero, sobre todo, el nombre de María era lo más precioso. ¡ Con qué gracia estaba formado! ¡ Ah, bendita Madre de Dios!—añadió, alzando los ojos á la imagen.—¡ Cuánto te aman tus palmeros! Pero, Dios mío, ¿ por qué Angelina no habrá querido ir á los fuegos? Tanto que le rogaron sus amigas y. . . . nada. . . . siempre en su empeño de retraimiento y soledad! Es verdad—continuó bebiendo á sorbitos—que el esposo está ausente, pero sospecho que ése no es el motivo de su aislamiento. . . . Luego que él se fué ella iba á paseo con el niño y las vecinas. . . . y ahora? . . . después de ese retrato? ¡ Vamos, aquí hay misterio. . . .! ¿ Pero de quién será el retrato? Aquí llegaba María, comiendo y monologando, cuando un golpecito dado discretamente en la puerta, la hizo poner en pie, no poco sobresaltada, y con voz un tanto insegura preguntó:

—¿ Quién es?

—Yo, María—dijo una voz que por el ojo de la llave, se introducía suavemente.—¡ Abre pronto, mujer!

El eco de esa voz hizo estremecer á María.

Acercóse presurosa hasta tocar con la cerrada puerta y repitió con suma agitación:

—Quien quiera que Ud. sea, haga el favor de decirme qué se le ofrece á estas horas.

—María, ¿ es posible que no me conoces?—repuso la misma voz en tono más alto.

—¡ Santísima Virgen de las Nieves! ¿ Qué es lo que oigo? Esta voz es la de mi querido hijo.—Y pronunció estas palabras llena de júbilo y asombro, al mismo tiempo que, dando presurosa vuelta á la llave, franqueó la entrada al inesperado huésped quien incontinenti penetró en la estancia.

—¡ Hijo de mi vida! ¡ Bendito de Dios y de su excelsa Madre seáis!

Y abrazó con transporte del mayor gozo al recién llegado, el cual por su parte correspondió tiernamente á las muestras de maternal cariño que le daba la buena mujer.

—¿ Cómo has llegado á estas horas, hijo mío? Voy corriendo arriba á preparar á la señorita. . . . porque ¡ ya se ve! una sorpresa tan grata y así. . . . así. . . . de improviso, es capaz de matarla la alegría y. . . .

—Chist! mi buena María—dijo César poniendo el índice sobre la boca. Chist! no hacer ruido. Sábetete que vengo por alto. Si alguien sospechase que estoy aquí.....

—Qué dices, hijito?—dijo María ensordinando la voz.—¿Corres algún peligro? ¿Qué es eso de venir por alto?

—Ahora te lo explicaré; primero descansaré un poco porque vengo fatigado. Ya ves, con el temor de que alguno me viera..... tengo cierta zozobra.....

—Sí, sí, querido hijo: siéntate y toma alguna cosa para reponerte—dijo—y corriendo al armario, guardó la botella y trajo otra de vino de gloria, que tenía reservado para alguna circunstancia imprevista, puso otro vaso en un platillo de cristal y tomando otro lo llenó de bizcochos finos que también sacó del armario. Depositó todo en la mesita, y llenando el vaso, presentóselo, acompañado de la excelente golosina, al recién llegado.

—¡Hola, hola, Mariquita! ¿Conque tú estás bien provista? ¡Muy bien! Vengan esos bizcochos y ese vino que me confortarán.

—Sí, hijito! Toma algo que te reanime porque bien veo que vienes estropeadito y lleno de frío. ¡Si tienes las manos heladas! Válgame Dios! ¿Cómo haré yo para proporcionarte alguna cosa mejor? La señorita tendrá arriba.....

—Nó, nó, no te molestes; el obsequio que me ofreces es muy confortable y suficiente para reponerme.

—¡Cuánto me alegro que el refrigerio sea de tu agrado!—dijo, y volviendo al armario sacó dos candeleros de brillante plata con sus correspondientes velas de esperma y encendiendo éstas púsolas simétricamente sobre la mesa, una á cada lado de la lamparilla.

—Pero, ¿qué haces, María?

—Hijito, alumbro bien la estancia para verte mejor. Y tomando una silla púsola enfrente del huésped, sentóse allí, poniéndose á contemplarlo con señales, nada equívocas, de la más cariñosa curiosidad.

César dejó caer atrás la capa y quitándose el sombrero presentó de lleno su hermoso y varonil semblante, algo tostado por el sol de los trópicos.

María seguía contemplándole como embelesada.

—Vaya, María, creo que ya me has visto bien. ¿Qué tal te parezco?—dijo sonriendo César.

—¿Qué tal me pareces? Hijito, me pareces todo lo más hermoso que yo he visto!

—Vamos, vamos, adulatorcilla, que el cariño que me

profesas te hace ver visiones.—Y alargó á María el vaso y el platillo vacíos. Esta los dejó sobre la mesa y volvió á sentarse frente al viajero.

—Ahora, María, voy á explicarte lo que significan las palabras, para ti problemáticas, que te dije antes. He **venido por alto**: eso quiere decir, que me he hecho reo de una grave falta que, descubierta, puede acarrearne serios perjuicios.....

—Jesús, hijo de mi vida! Qué me dices?

—¡No te alarmes, mujer! Estoy seguro de que nadie me ha visto, y no será descubierta esta infracción de la Ley.

—Hijo de mi alma, ¿has infringido alguna ley?—dijo con creciente alarma la pobre María.

—No hay motivo para asustarte tanto; pues, si bien es cierto que soy infractor, el objeto que ha motivado esa falta—casi leve, porque á nadie perjudica—es solamente la vehemencia con que anhelo contemplar aquellos seres adorados de los cuales, por casi dos años, he tenido forzosamente qué vivir apartado. Sabes que, al llegar cualquier buque á nuestro puerto, jamás le es permitido á ninguno de á bordo, sea tripulante, sea pasajero, saltar á tierra sin que antes haya ido la autoridad sanitaria á visitar el barco recién llegado; cualquier viajero que se atreva á desembarcar sin haber cumplido esa formalidad, infringe la Ley, y en consecuencia, queda sujeto á cierto castigo más ó menos grave. A esa infracción se la llama vulgarmente “venir á tierra por alto”, que significa netamente: “venir escondido”. Ahora bien; mi fragata, que es ligera como el viento, avistó la tierra por la parte Norte, á las cuatro de la tarde, y á las seis se hallaba tocando las costas de barlovento. Doblar la punta y hallarme á vista de la ciudad, fuera cosa de pocos minutos; pero entonces el vigía hubiera anunciado la presencia de un buque, y los guardas marinos—dado caso que me hubiera decidido á entrar de noche en el puerto—guardarían la costa para evitar cualquier desembarque fraudulento. No me decidí, pues, por la entrada de noche, y mantuve la fragata al paio hasta mañana. Pero tú, querida María, no puedes hacerme cargo de mi impaciencia desde el momento que avisté la patria desde que me consideré tan cerca de los seres tan caros á mi corazón. Es indecible el gran deseo de verlos que se apoderó de mí. Esa larga ausencia que infaliblemente he tenido qué sufrir, y que á duras penas he conseguido sobrellevar... se me hizo hoy horribilmente insoportable. Formé el proyecto de mantener la fragata oculta tras la punta durante la tarde, para en el silencio de la noche venir

á tierra á contemplar unos momentos y estrechar en mis brazos esas queridas prendas. Después de satisfacer ese ardiente deseo volveré á bordo hasta mañana que, después de cumplidas las formalidades legales, pueda hacer mi desembarco en regla. Además, María, he querido también pasar por alto lo que traigo aquí.

Dijo, y abriendo la ancha capa dejó ver atado alrededor de la cintura un grueso cinto, cuyo abultado círculo acusaba contener una gran suma de dinero. Sí; dinero era lo que contenía.

—¡ Ah, hijo mío! Ya entiendo lo que quieres decir: no quieres someter al Registro de Aduana tu caudal.

—Exactamente; no he querido registrar esta suma, porque tendría que pagar grandes derechos por ella: no baja de 60.000 duros, pero á bordo dejo cantidad suficiente para el Fisco. Además; con todos los derechos que he de pagar por el cargamento, ya pueden engrosar las rentas del Gobierno. ¡ Figúrate que mi fragata viene atestada de exquisitezas y variadas mercaderías!

—¡ Bendito sea Dios! ¿ Conque tu viaje ha sido feliz en todos conceptos?

—¡ Oh, sí! ¡ Muy feliz! He reducido á metálico todos cuantos bienes me dejó mi tío (Q. E. P. D.), y casi casi soy riquísimo. Por no traer el barco vacío, me ocurrió cargarlo con todo lo más raro y precioso que hallé por aquellas tierras. ¡ Ya verás qué cosas tan lindas traigo!

Y poniéndose en pie, añadió:

—Ahora voy á ver á mi Angelina y mi angelito.

—Sí, sí; ya verás qué niño tan hermoso tienes. En estos dos años ha crecido que es un portento. Voy yo primero á anunciarte á la señorita, porque la sorpresa. . . .

—Nó, María; yo quiero sorprenderla. Llamaré quedito á la puerta de su cuarto, y me daré mis trazas para que el susto se torne en gozo. Pero—dijo vacilando un poco—quiero antes de subir preguntarte algo. . . .

Y se volvió á sentar.

—¿ Qué deseas saber, hijo mío?

—Ya ves, María; tengo tiempo de hablar un poco más contigo. Son apenas las doce de la noche—dijo consultando un magnífico reloj guarnecido de brillantes.—Los muchachos que están guardando la lancha allá en el barrio del Cabo, tienen orden de esperarme allí hasta las cuatro de la mañana. Así es que aún tengo cuatro horas disponibles antes de que amanezca; bien puedo, pues, con toda seguridad, pasar un rato más contigo.

—¡Ay, hijo! ¡Si supieras cuánto placer experimento al oírte! Cada día tengo más motivos para amarte, y si pudiera aumentar el cariño que te profeso, lo aumentarían sin duda las pruebas de afecto que me das esta noche. Tú, que tanto anhelas estrechar en tus brazos á una esposa y á un hijo idolatrados, tienes el suficiente valor de diferir esa dicha por algunos minutos y consagras un tiempo precioso á conversar con tu vieja María. ¡Cuánto debo yo estimar esta atención, y cuán reconocida me contemplo á tus bondades!

María con justa razón encomiaba la conducta de César. Y, á la verdad, parece inverosímil que un esposo y padre amante, en tales circunstancias, dejase de correr presuroso á contemplar los objetos de su cariño, invirtiendo un tiempo apremiante, por su corto plazo, en departir tranquilamente con una anciana que, si bien le profesaba maternal cariño—que él correspondía en gran parte—no era realmente el ansiado objeto que, de incógnito, á tierra lo condujo.

Continuemos, y pronto hemos de averiguar la verdadera causa de esa extraña conducta.

—Ya sabes, María, que te profeso un verdadero afecto; y no debes admirarte de que mi primera visita sea para ti, puesto que yo no podía entrar sino por tu habitación, y no por la puerta principal. Hubiera sido muy peligroso tocar en ella á estas horas, mientras que entrando por tu cuartito, tú tendrías la bondad de franquearme la escalera excusada que desde tu alcoba conduce al piso superior. Y hé aquí cómo sin ruido ni peligro alguno, me pongo en un santiamén en el cuarto de Angelina. Ahora, dime (ya pareció aquello!)—añadió con alguna turbación.—Durante mi larga ausencia, ¿qué novedades han ocurrido en casa? ¿Cómo ha pasado mi esposa esa ausencia? ¿Ha salido siempre? ¿Han venido muchas visitas todos los días? ¿Ha estado Angelina triste ó alegre? Perdona que te haga tantas preguntas á la vez; ¡pero deseo tanto saber cómo y en qué ha invertido el tiempo mi amada!... Si ha pensado mucho en mí durante mi larga separación; si ha llorado alguna vez... En fin, mi buena María; cuéntame minuciosamente cómo lo ha pasado mi esposa en esos dos interminables años que he vivido separado de ella.

—Con el mayor gusto, hijo mío, contestaré á las preguntas que me haces. Después que te fuiste, la señorita no hallaba consuelo alguno; casi todo el día se lo pasaba llorando. Su única distracción era tomar al niño en brazos y hacerle mil caricias. Pero, ¡ay! ¡Cuántas veces decía llorando

sin consuelo: “¡Dios mío! No puedo soportar esta ausencia; ház que termine pronto, ó moriré!”

—¡Oh, cuánto me ama!—murmuró César, ensanchando el pecho con un largo suspiro de gozosa satisfacción.—¿Y después?—añadió en voz alta.—Después..... las amigas habrán venido; la acompañarían llevándola alguna vez á paseo.....

—¡Oh, sí! Mucho la acompañaron doña Carmen y sus niñas; procuraban distraerla llevándola á tal cual paseo por las vegas de la ciudad, con el benéfico objeto de aliviarla un tanto de su diaria tristeza.

—¡Buenas son esas vecinas!; Ah! yo les haré un precioso regalo por la gran amistad que profesan á mi Angelina. Aunque estas cosas no se pagan nunca sino con gratitud y reconocimiento eternos..... No obstante, un bonito aderezo de perlas le sentará divinamente á la rubia Adela, y otro de coral á la risueña y festiva Corina. En cuanto á doña Carmen, ya buscaremos algo más serio y rico con qué obsequiarla. Afortunadamente tengo dónde escoger.

Dijo, y levantándose otra vez, añadió:

—Estoy contentísimo, María: veo que mi ausencia ha sido muy sentida. ¿Qué quieres? Soy un terrible egoísta, y me alegro de que ese ángel haya llorado tanto por mí. ¿Tienes algo más que decirme?

—Sí, hijito; pero es el caso que no sé si debo..... es un secreto.....

César se estremeció.

—¡Si debes! ¿Pues qué pasa?

Y dulcificando el tono de su voz, ligeramente alterado, añadió:

—¡No vaciles, María; cuéntamelo todo.

—Sí, hijo. Yo conozco que no debo callarte nada. Pero á pesar mío, no sé qué me detiene..... y..... me parece..... en fin, mejor sería que subieras ahora, y mañana te diré todo lo demás.

César visiblemente afectado se dejó caer nuevamente en la silla, y haciendo mil esfuerzos por dominar su agitación que por momentos aumentaba, articuló pausadamente:

—María, ¿me estimas, ó son vanas y falaces las protestas de afecto y sincera amistad que siempre me demostraste y que, perdona si te lo digo, creo tener derecho á esperar de ti?

—¡Hijo de mi alma y bienhechor mío!—prorrumpió la pobre mujer vertiendo amargo llanto. Mil vidas que yo tuviera, serían poco para pagar tus bondades y beneficios.

—Pues bien, María: no te aflijas. No ha sido mi ánimo ofender tu delicadeza arrojándote al rostro los pequeños favores que te he dispensado; pero al comprender por tus palabras llenas de rodeos y reticencias, que me ocultas algo.... ese algo me parece una enorme montaña cuyo peso me agobia, y.... ¿á qué ese secreto? Dime, pues, lisa y llanamente, lo que ha pasado.

—Es que, mi buen hijo y señor, un funesto presentimiento me detiene. ¿Por qué? Lo ignoro. ¡Ay! la lámpara de la Virgen se apagó esta noche, y esto es un mal presagio... Créeme, hijo; súbe á ver á tu mujercita, y mañana.... ¡Oh, sí! ¡te lo juro! mañana lo sabrás todo.

—¡Imposible!—gritó César levantándose violentamente de la silla y midiendo á largos pasos la reducida estancia.

María temblaba como una azogada comprendiendo que César no era persona de componendas, que la era preciso explicarse con toda claridad, y al ver el descompuesto semblante del joven—que ya no trataba de disimular la terrible tempestad que se desarrollaba en su pecho—juntó las manos, diciendo con suplicante voz:

—Hijo mío, cálmate; yo te diré con toda franqueza lo que ha pasado. Pero te ruego por la Santa Virgen, que no te alteres, y te suplico que no hables á la señorita de lo que voy á revelarje... ¿Me lo prometes, hijo? ¿Me ofreces no decirle que yo te he hablado de ese retrato?

—¡Un retrato!—replicó César con violencia—¿qué dices de retrato? Acaba, acaba, María; háblame al instante, ó me harás perder completamente la paciencia.

—¡Pero, hijo! Prométeme el secreto; de otro modo acaso la señorita no me perdonará el perjurio, porque yo la juré guardar el secreto.

—Pero María: si juraste guardar un secreto, ¿por qué me hablaste de su existencia? ¿No ves que me devora la impaciencia y acabarás por desesperarme?

—¡Ay, Dios mío! ¿Por qué te hablé de ese secreto? Fue que al pedirme minuciosos informes de lo que ha pasado en tu casa he querido ser verídica, y espontáneamente, casi sin darme cuenta de ello, he principiado á hacer una revelación que debiera haber reservado... siquiera para otro día; pero al fin lo hecho, hecho se queda, y volviendo á suplicarte que no te alteres y que me guardes el secreto, comienzo mi narración, porque nada puedo negarte.

—¡Al fin!—dijo César respirando ruidosamente y dejándose caer en la silla.—¡Ya te escucho!

María comenzó:

—Has de saber que, hará como unos dos meses, era día de correo, y tales días siempre enviaba la señorita á la administración á ver si había correspondencia del extranjero— porque la verdad es, hijo, que ella se alegraba con tus cartas.

César sonrió amargamente, diciendo:

—Prosigue, prosigue, María.

—Pues como iba diciendo, era día de correo. Ya la señorita se disponía á mandar á la doncella Frasquita á ver si había cartas, cuando héte aquí que sonó la campanilla y llaman al pie de la escalera. “Anda, María; vé quién llama”— me dijo la señorita.

—¿Quién es?—pregunté.

—Yo, el cartero, que traigo la correspondencia á la señora—me respondió un mocetón subiéndome en seguida y entregándome una carta muy abultada.

—¡Loado sea Dios! Espéreme, voy á traer el porte

—¿Cuánto es?

—Nada; ¿no veis que viene certificada, y por lo tanto franca?

—Ya, ya. Pero la señorita pagará á Ud. las albricias por traerle carta de su esposo. Espere Ud.; vuelvo al momento.

El mocito se sonrió de una manera particular, y, al parecer, quedó esperándome. Corrí á la sala y entregué la carta. La señorita muy alborozada me dió un duro para dar de propina al mozo. ¡Pero, cá! Por más que di voces por él, no pareció. Bajé la escalera con toda la premura que me permitieron mis viejas piernas; abrí la puerta de campanillas; salí al zaguán, y al fin á la puerta de la calle....pero ¡hijo! ni por esas. El mocetón se había evaporado.... aunque allá abajo, en el confín de la calle me pareció distinguir el largo capote y la cachucha galoneada del susodicho portador: Viendo al fin que nada conseguía con ver alejarse el capote y la gorra, que para mí envolvían al singular cartero, abandoné la puerta y subí á la sala contentísima porque iba á saber de tí. Pero, ¡ay! ¡Cuán cierto es que el hombre solamente propone y Dios dispone!

—Prosigue, prosigue María; déja las digresiones y vamos al asunto.

—Sí, sí, hijo mío; acabaré seré breve, porque el mal camino—como dice el refrán—andar lo pronto.

César sufría horriblemente asimilando á María con el Sancho de los interminables refranes.

—Cuando entré en la sala se hallaba la señorita visiblemente afectada: algunas lágrimas rodando por sus mejillas iban á caer sobre la carta, que leía con tanta atención, que

parece no advirtió al pronto mi presencia. Yo, al verla llorar, persuadida de que aquella carta era tuya, imaginé que traía alguna infausta noticia; y toda asustada la dije:

—Señorita, ¿qué sucede?

—¡Ah! ¿estás ahí, María?—dijo, y al mismo tiempo cogió precipitadamente un retrato que estaba sobre la mesa, haciendo ademán de guardarlo en el pupitre.

—¡Ah, querida señorita! ¿Le mandó mi hijo su retrato? ¡Ah! no lo guarde sin enseñármelo! Permítame verlo y besarlo; vea Ud. que tendré gran placer en contemplarlo. Vaciló un momento. . . . pero al fin me lo presentó, diciendo:

—Mira, María, ¿qué te parece?

Cogí regocijada la querida imagen que me presentaba, y al mismo tiempo que admiraba el primoroso marco fijé ávidamente la vista en la preciosa miniatura. Pero, ¡cuál no fué mi sorpresa al ver allí estampadas unas facciones que no eran las tuyas! Aquel retrato, que estaba iluminado, representaba el rostro de una persona completamente extraña para mí.

—Pero, ¿quién era? ¿Quién enviaba ese retrato á mi esposa?

—¡Ahí está el misterio, hijo mío!

—Prosigue, prosigue, María. ¿Qué te dijo Angelina? ¿Porque tú mostrarías extrañeza. . . .

—¿Extrañeza? ¡Pues, no! ¿Cuando iba á ver tu retrato y me hallo con una cara desconocida? Eso sí, muy bella: muy bellas son aquellas facciones; pero no son las tuyas.

—¿Pero quién es? ¿A quién representa ese retrato?—añadió César temblando de impaciente cólera.

—¿A quién representa? A un hombre de hermosa y arrogante fisonomía.

—¿Joven?

—Sí, joven, aunque no tanto como tú.

César, estaba lívido—diciendo con furia contenida:

—¿Pero en fin, María, que te dijo Angelina?

—Éspera, espera; voy á referirte lo que pasó. Parecióme que la señorita me observaba con cierta ansiedad mientras yo examinaba el retrato buscándole un parecido á ti.

—No está bien el parecido, María?—me dijo?—Yo lo hallo algo defectuoso.

—Señorita, este retrato no representa á mi hijo.

—¿Pues á quién ha de representar?—repuso con impaciencia.

—Nó, nó—la dije—mi César es rubio: tiene ojos azules. . . . y este señor es pelinegro; estos ojos tan negros y

expresivos sólo pueden compararse á los bellísimos ojos de Ud, señorita; y en efecto, hijo: los ojos de aquella miniatura son el fiel traslado de los de la señorita. Su dulce expresión, su fascinadora y profunda mirada..... todo, todo tiene un gran parecido; y lo que es todavía más admirable es, que no sólo en los ojos se parece, sino que todo el resto de la fisonomía revela una asombrosa semejanza..... como si fueran hermanos.....

—Angelina no tiene hermanos: no tiene familia alguna; es huérfana, bien lo sabes, María. ¿De quién era, pues, ese retrato?—dijo César en tono imperioso.—Quiero saberlo al momento.

—Voy á referirte lo que sé.

—¡Lo que sabes! Pues qué, ¿no lo sabes todo?

—No, hijo. Comprendiendo la señorita que yo no daba crédito á sus palabras, tomó su fisonomía una expresión grave y severa, y, haciéndome sentar á su lado, me habló así:

—María: tienes razón. Este retrato no es de mi esposo; pero es de una persona para mí muy querida—al decir esto besó la miniatura.

César dió una especie de sordo rugido y se mesó el caballo.

—Cálmate, hijito; aún no he concluído.

—Continúa; te escucho.

—La señorita prosiguió en estos términos:

—“La persona que me envía este retrato, me exige que lo guarde con el mayor sigilo que no lo enseñe ni aun á mi esposo. Por una distracción hija de la gran sorpresa que me han causado la lectura de esta carta y la contemplación de esa querida imagen, que representa una persona amada á quien creí perdida para siempre, tú has sorprendido este secreto. Ahora bien; yo exijo de ti un juramento: júrame que jamás revelarás á nadie, ni aun á César, la existencia de esta miniatura.”

Yo vacilé, hijo mío; porque presentía lo que está pasando. Comprendía que á tu vista te lo revelaría todo, y sería perjura; pero ella me mandó imperiosamente que jurara, y tuve la debilidad de hacerlo. ¡Perdóneme la Santa Virgen!

—Y..... ¿Qué más?—dijo César con indefinible acento.

—La señorita me tendió su mano dándome las gracias, ofreciéndome que un día, talvez no muy lejano, ella misma te hablaría de ese secreto revelándote todo el misterio que encierra.

—¡Infame! ¡infame!—rigió César.—¡Con qué desfachatez ha hecho cómplice de sus liviandades á una pobre anciana

na! Pero, ah! ¡Traidora mujer, á quien amé con la ciega confianza de la verdadera pasión! ¡Mi venganza te aniquilará! ¡Nó, nó—prosiguió exaltándose por grados hasta el frenesí—¡no seré el juguete de tus artificiosos manejos! Me engañas, me engañas, ¡infame! Mientras yo cruzo los mares y arrosto las tempestades; mientras sufro el ardiente clima de la zona tórrida por correr en pos de una cuantiosa fortuna qué rendir á tus plantas. . . . tú, ¡mujer inicua! urdes la trama de mis desdichas hundiendo en mi pecho el agudo puñal que destroza mi honra. . . . !

Al terminar esas palabras, César se mesa furiosamente el cabello y se arroja por el suelo revolcándose en frenético acceso de terribles celos.

La infeliz y aterrada María enmudece de pavor, y levantando sus brazos al cielo se arroja de rodillas ante la imagen de Nuestra Señora, suplicándola con mental fervor calme la inmensa desesperación de su amado hijo. Este se levanta de improviso, y acercándose de un salto á María, la sacó con violencia de su muda oración cogiéndola de un brazo bruscamente y poniéndola de piés.

La pobre mujer temblaba convulsiva.

—¡Silencio!—la dice en tono aterrador.—Espérame aquí, volveré.

Dichas estas breves palabras, lanzóse á la puertecilla que comunicaba con el segundo piso, y abriéndola de golpe desapareció por la estrecha escalera de caracol.

Aterrorizada María, quiso seguirle; pero sus fuerzas le abandonaron: flaquearon sus piernas y dejándose caer otra vez de rodillas, desolada, continuó su muda oración. ¡Ay, mujer infeliz! Faltaste á una promesa jurada. . . . Tu perjurio lo pagarás con largos años de dolor y lágrimas. Tus verídicas revelaciones han producido el mismo efecto que las falzas del traidor Yago. Otelo cumplirá su destino.

Si algún amable lector pone en duda la escena de furiosos celos representada por César, podemos jurarle que ella es tan verídica como lo es la existencia del Universo, tan cierta como que el sol alumbra, y, por último, que esa dolorosa transformación del hombre civilizado, bueno, justo y honrado, en bestia feroz, hemos tenido el dolor de presenciársela. ¿Qué importa que después venga el arrepentimiento, cuando ya se han cometido los horrores del crimen?

Ah, juventud! Huye de convertirte, perdiendo la brillante antorcha de la razón, en el cruel salvaje primitivo. . . ! Al que creas delincuente, óyele antes de condenarle.